

# 1

**R**osemary tenía diez años la primera vez que vio un fantasma. Pasó en la cálida cocina empapelada de la casa de su abuela, mientras tomaba un refresco de vainilla y el ventilador del techo apenas lograba crear una brisa débil bajo el calor sofocante de Georgia. Sus padres nunca le permitían tomar refrescos, y justamente por eso Rosemary supo, al recorrer con los dedos el dibujo de fresas del mantel, que lo que todos temían al fin había ocurrido: su abuela había muerto.

No es que entendiera del todo qué quería decir eso en realidad. En los libros siempre había personajes que morían, pero eso no contaba porque bastaba con volver a empezar el libro y estaban vivos otra vez. Suponía que en la vida real tenía que ser distinto.

Pero entonces la abuela de Rosemary entró en la cocina. Rosemary levantó la vista; no parecía estar muriéndose. De hecho, tenía más color en las mejillas, y su pelo ya no era blanco como el pergamino, sino de un rojo encendido, igual que el de ella. Incluso las arrugas que tenía alrededor de los ojos parecían haberse suavizado y alisado.

Tampoco se veía como los fantasmas de los cuentos que leía Rosemary —no había ninguna sábana blanca a la vista—, pero el

aire a su alrededor se había vuelto más suave y, cuando la abuela extendió una mano y le revolvió las ondas rojizas del pelo a su nieta, parecía estar envuelta en una especie de bruma luminosa.

—Hola, mi tesoro —dijo la abuela.

—¿Eres un fantasma? —soltó Rosemary—. ¿O un ángel? —Le habían hablado de los ángeles en la escuela dominical, pero leía libros sobre fantasmas y monstruos a escondidas.

La abuela soltó una risita, mirándose a sí misma.

—Bueno, no tengo alas, así que digamos que soy un fantasma. Pero escúchame, cielo, no me queda mucho tiempo antes de irme.

—¿Irte a dónde?

—A algún lugar bonito y en paz, creo. ¿Quieres que cocinemos algo antes de que me vaya? Podríamos hacerle a tu mamá un poco de mi mermelada de fresa para animarla.

Con unos brazos mucho más fuertes de lo que Rosemary recordaba, la levantó de la silla. Años más tarde —y tras muchas experiencias con fantasmas—, Rosemary entendería que eso era porque su abuela había muerto apenas unos momentos antes.

Luego le ató un delantal y le indicó que buscara unos recipientes medidores en los armarios y que sacara una cajita de fresas frescas del refrigerador.

—Estas todavía tienen pequeños insectos; eso indica que son frescas —le dijo la abuela, señalándolas, y luego le mostró a Rosemary cómo lavarlas y cortarlas bien.

Pasaron la siguiente hora preparando una tanda de la mermelada de fresa de su abuela. El aire de la cocina se llenó del aroma dulce del azúcar y el toque ácido de la fruta, y Rosemary se lamió de los dedos el jugo dulce de las fresas.

—Mitad de azúcar, mitad de fruta y un poquito de jugo de

limón para intensificar el sabor —le explicó la abuela, apoyada en la encimera mientras Rosemary removía la mezcla burbujeante.

—Siempre he amado esta cocina —dijo, pasando la mano por la encimera de madera—. Cocinaba aquí con tu mamá todo el tiempo cuando era pequeña como tú.

—No soy tan pequeña.

—Claro que no, tesoro. —La abuela miró con nostalgia por la ventana hacia el jardín cubierto de maleza—. ¿Ves aquel árbol? ¿El árbol bajo y achaparrado que está allá?

—Ajá.

—Todas las primaveras venían mirlos de alas rojas a visitarnos y se pasaban la mañana entera cantando en ese árbol. Puedes distinguirlos de los mirlos normales porque tienen una mancha roja y dorada en el pecho. Son aves preciosas. Dile a tu mamá que ahí es donde quiero estar.

La abuela de Rosemary había sido una especie de ornitóloga aficionada en su época, un pasatiempo que a la mamá de Rosemary le parecía un poco tonto, pero que a Rosemary le encantaba en secreto.

—¿Vamos a poder seguir visitándote? —preguntó Rosemary. Su abuela frunció el ceño.

—Puedes visitarme en ese árbol o en mi tumba, pero ya no voy a estar aquí. Al menos, no así —dijo, dejando escapar un suspiro.

—¿Qué pasa, abuela?

—Acabo de darme cuenta de que es la última vez que veo todo esto. Alguien va a tener que regar mis rosales.

La abuela le dio un beso, ligero como una pluma, en la mejilla.

—Ojalá hubiera podido quedarme más tiempo para verte convertida en una mujer, pero vas a estar bien, ¿no es cierto? —le dijo

con una mirada cómplice—. Y escucha, tesoro, es mejor que no le cuentes a nadie sobre esto.

—¿Que hago mermelada?

—No, de la mermelada sí puedes hablar. Pero la mayoría de las personas no puede ver fantasmas, y algunos no van a entender. Puede que no te crean cuando les digas que te ayudé. No quiero que te metas en problemas, ¿entiendes?

Rosemary asintió y luego preguntó:

—¿Tú también podías ver fantasmas?

—Sí. Por eso quise venir a verte antes de irme. No mucha gente tiene este don, así que, a menos que le digas a un fantasma que puedes verlo, no lo sabrá. Pero muchos tienen historias interesantes, sobre todo los muy viejos. Esta receta de mermelada me la dio un pastelero que vivía en Keller. —Sonrió, y Rosemary le devolvió la sonrisa.

Con la cabeza inclinada sobre la cacerola, olieron la dulzura casi cremosa de la mermelada.

—Un toque final para que quede perfecta —dijo la abuela, sacando un frasquito de vidrio marrón de un armario—. El secreto de la mermelada de fresa perfecta es una cucharadita de agua de rosas.

Un aroma intenso a rosas llenó la cocina. Entonces, Rosemary lo sintió: un apretón en el estómago y luego una ligera sensación de ausencia. A pesar del calor del verano, de pronto la cocina estaba más fría. Su abuela se había ido.

—Rosemary, ¿qué estás haciendo? —Su madre irrumpió en la cocina, la bajó del taburete en el que estaba subida y apagó el gas. Su papá se quedó en la puerta, pasándose las manos por las mejillas con fuerza para borrar las lágrimas.

—¿Qué estabas...? ¿Estabas haciendo mermelada? —Su mamá miró la cacerola y la pila de tallos de fresa en la encimera. Olfateó el aire.

—¿Le pusiste agua de rosas? —Miró a su hija con expresión de confusión e incredulidad.

—Era la receta secreta de la abuela.

Al oír mencionar a su madre, la mamá de Rosemary se derrumbó y abrazó a su hija.

—Mi amor, no estoy enojada por la mermelada. Pero hay algo que necesito decirte, ¿sí? ¿Por qué no vienes conmigo y nos sentamos un rato en el columpio del jardín de la abuela?

Al salir, Rosemary echó un vistazo por encima del hombro a la cocina vacía, al vapor que subía de la cacerola, que ya empezaba a enfriarse, y supo que acababa de heredar un secreto extraño pero emocionante.

\*\*\*

El fantasma que Rosemary estaba mirando ahora era mucho más joven de lo que había sido el fantasma de su abuela diecinueve años atrás. A diferencia de aquel, este tenía los bordes grisáceos y un aire semitransparente. Estaba claro que hacía rato que rondaba por ahí.

Llevaba un cárdigan de lana gruesa que a Rosemary le sonaba característico de los 80, aunque no podía asegurarlo, y estaba leyendo una novela romántica situada en la época de la Regencia, bien subidita de tono, por encima del hombro de otro cliente de la librería. La mayoría de los fantasmas podían sostener objetos físicos, pero trataban de evitar asustar a los vivos que tenían cerca (aunque no siempre lo lograban). Mostrarte sin querer podía dar

lugar a programas de televisión de cazafantasmas pidiéndote que golpearas tres veces si estabas presente, cuando lo único que querías era que te dejaran en paz.

Rosemary habría apostado a que, cuando cerrara la tienda, ese fantasma se quedaría toda la noche hojeando libros. En lo que respecta a vidas después de la muerte, no estaba nada mal.

—Creo que ya podemos abrir la ronda de preguntas. ¿Alguien quiere preguntarle algo a nuestro aterrador trío aquí presente? —dijo Max, librero extraordinario y moderador del panel, dirigiéndose al público sentado en la sección de terror de la librería Tickled Ink. La voz de Max devolvió de golpe a Rosemary a la realidad y aspiró hondo, lo bastante bajo como para que el micrófono no lo captara. Se recordó a sí misma que se había preparado; sabía que habría una sesión de preguntas y respuestas. Repasó mentalmente su lista de posibles preguntas: todo iba a salir bien. La parte racional de su cerebro sabía que solo estaba esperando que la ansiedad la alcanzara. Otra respiración, y exhaló despacio. Miró el reloj. Probablemente faltaban menos de diez minutos para que terminara el evento, tal vez nueve. Podía soportar nueve minutos.

Max le había pedido a Rosemary que participara en el panel para, en sus propias palabras, «traer la conversación al siglo veintiuno», algo que ella entendía perfectamente.

Tickled Ink era su librería preferida en Brooklyn y quizá su lugar favorito en el mundo, sin contar el puf donde escribía. Gracias a Max, tanto la sección de terror como la de romance —las dos secciones más importantes de cualquier librería, según Rosemary— eran impecables.

Sus compañeros de panel, James Butler y David Marsh —dos nombres fuertes en el género de terror— iban a publicar libros

ese mes, a pocas semanas de Halloween, y habían insistido en hacer un evento en la librería para aprovechar su popularidad. Max aceptó organizarlo solo si Rosemary también participaba, convencido de que ella atraería a clientes nuevos y habituales, a diferencia de James y David, cuyos lectores eran en su mayoría hombres blancos de mediana edad. Las mujeres de sus libros tendían a bajar las escaleras «contoneándose» o a caer al agua vestidas apenas con un camisón transparente. Rosemary no estaba segura de estar preparada para el panel, pero sus amigas Immy y Dina terminaron convenciéndola.

—Me gustaría preguntarles un poco sobre su proceso de escritura. ¿Escriben todos los días? ¿Se ponen una meta de palabras?  
—preguntó alguien del público.

James carraspeó.

—Me gusta empezar el día corriendo; me despeja mucho la mente. Después escribo de nueve de la mañana a una de la tarde, y luego paro a almorzar. En un buen día escribo seis mil palabras.  
—Sonrió con suficiencia.

—En mi caso es distinto. Como muchos de ustedes saben, no sigo una rutina estricta —dijo David con una sonrisa, pasándose la mano por el cabello canoso y ralo—. Soy más bien un hombre de inspiración, así que espero a que me lleguen las ideas y después escribo como loco hasta que todo queda en la página. No suelo hacer investigación previa.

Rosemary sabía que no investigaba: había leído un borrador preliminar de su nuevo libro cuando su editor le pidió que le hiciera una reseña. Si vas a escribir una novela de terror ambientada en la gran matanza de búfalos de la década de 1870, lo lógico sería leer un poco de historia de la época en vez de mirar unas cuantas

pelis sobre la Guerra Civil. No había podido darle ninguna cita que la editorial pudiera usar para promocionar el libro.

Finalmente, llegó el turno de Rosemary. Siete minutos o menos. Podía hacerlo.

—Como la mayoría de lo que escribo es terror histórico, con alguna que otra incursión por el terror de las profundidades marinas... —Una pequeña ovación sonó entre el público, de un admirador que agitaba un ejemplar de *Julia*, su primera novela, publicada cinco años atrás. Era una historia de terror situada en las profundidades del mar, inspirada en el sonido *Julia*, grabado por la Marina de EE. UU. en 1999—, y necesito investigar muchísimo para asegurarme de que retrato cada época de la forma más auténtica posible. Como la mayoría de mis libros tratan temas sensibles como el racismo, la transfobia y la histeria femenina, me gusta hacerme el tiempo para entrevistar personas que me ayuden a que mis personajes se sientan genuinos. La semana pasada, por ejemplo, hablé por teléfono con una archivista académica encantadora sobre la extraña obsesión victoriana con las momias egipcias. Una de las cosas más fascinantes que me contó fue que organizaban fiestas en las que desenvolvían las momias: ponían un cuerpo momificado sobre la mesa del comedor y lo desenvolvían como si fuera un juego. Los detalles pueden ser tremendamente perturbadores, pero son una fuente de inspiración fantástica para escribir historias de terror. —Se rio, y de pronto se dio cuenta de que se había ido por las ramas y que debía volver al punto—. Así que empiezo las mañanas investigando y por la tarde escribo, porque soy muy afortunada de que todos ustedes lean mis libros lo suficiente como para que pueda dedicarme a esto a tiempo completo. Así que gracias.

El público hizo algunas preguntas más y, cuando el panel llegaba a su fin, un aplauso colmó los oídos de Rosemary. Agradeció a James y David por la maravillosa charla, aunque no lo sentía de corazón. Ellos le estrecharon la mano, pero casi sin mirarla a los ojos. Una versión más joven de sí misma se habría sentido herida, pero, a los veintinueve años, Rosemary ya estaba acostumbrada a que cierto tipo de autores de terror se comportara así.

Como había llegado antes para firmar ejemplares para Max, había escuchado a James y David —que claramente no la habían visto entrar en el depósito de la librería— hablar sobre su contrato para una película.

—Es el mismo estudio que compró los derechos de mi novela, pero adivina por qué se decidieron por la de ella —dijo David riendo, y Rosemary lo vio a través de las estanterías simulando sujetarse unos pechos invisibles.

Claro, sus pechos fabulosos eran la razón de su contrato cinematográfico, y no tenía nada que ver con el hecho de que *La posesión del mal*, su novela de terror gótico victoriano, fuera uno de los libros de terror más vendidos de la última década.

—Nunca se sabe —agregó James—, quizá hasta encontró otra manera de *convencer* a los ejecutivos del estudio para que aceptaran el proyecto.

Rosemary puso los ojos en blanco con tanta fuerza que casi se le fueron para atrás. Esos supuestos hombres hechos y derechos se escondían en un rincón, riéndose como idiotas de que ella aparentemente había vendido su cuerpo con pechos enormes a cambio de un contrato cinematográfico. Al final, tuvieron su merecido cuando la gran mayoría de los asistentes apareció con ejemplares de los libros de Rosemary para firmar.

Con el evento terminado, Rosemary miró a su alrededor y buscó al fantasma de antes. Pero ya había desaparecido, probablemente a un rincón más tranquilo de la librería para leer en paz. Rosemary estuvo tentada de perderse entre los pasillos del fondo para charlar con el fantasma —sobre todo porque no lo había visto antes en Tickled Ink—, pero se recordó a sí misma que la gente normal no hablaba con seres invisibles en público.

Max se acercó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estuviste brillante, como era de esperar. —Se rieron, y Max la abrazó con tanta fuerza que la levantó del suelo.

—¿Quieres esperar un rato? Podemos salir a tomar algo cuando cierre... —le propuso con expresión esperanzada.

Unas semanas atrás habían salido a cenar. Rosemary no se había dado cuenta de que era una cita hasta que Max apareció con un ramo de flores. Y no es que le molestara; Max era atractivo con ese aire de surfista californiano, la piel dorada y el cabello aclarado por el sol. Además, la hacía reír. Se habían besado al final de la cita, pero Rosemary se dio cuenta de que, con la inminencia de su viaje, no era el mejor momento para empezar una relación. Le parecía atractivo, sí, pero había faltado algo en ese beso: una chispa vital. No era el tipo de beso que te desvela de noche, aunque ojalá lo hubiera sido.

—Me encantaría, pero mañana vuelo a Londres y todavía tengo que empacar mi maleta de libros.

—¿Tu maleta de libros?

—Sí, la maleta donde pongo todos los libros que me quiero llevar.

—Estás impidiendo que los libros electrónicos dominen el mundo tú sola, espero que lo sepas. Pero bueno, quizá cenemos

cuando vuelvas. —Se sonrieron, y había en su sonrisa una ternura tan conmovedora que Rosemary deseó sentir otra cosa.

—Por supuesto, me encantaría —respondió. Max parecía estar a punto de decir algo más, pero en ese momento sonó la campanilla de la caja registradora, y ambos miraron hacia la fila de lectores que esperaban ansiosos para comprar ejemplares firmados.

—Bueno, el deber me llama —dijo Max—. Nos vemos cuando vuelvas de Inglaterra. Pásala increíble y no mates a los actores. — Sonrió con picardía antes de alejarse.

Ah, sí, los actores. Uno en particular. El actor que había sido una espina en la vida de Rosemary desde que supo que lo habían elegido para la adaptación cinematográfica de su libro, hacía ya varios meses. El galán de Hollywood y, según un tuit muy viral, un «papi» ejemplar: Ellis Finch.

Cuando Rosemary se enteró de que lo habían elegido para interpretar a Alfred Parlow, el protagonista masculino de su historia, se enfureció. Claro que había escuchado hablar de Ellis Finch, y su agente le había asegurado que era el actor más brillante de Hollywood, pero no se parecía en nada a su personaje. Alfred era un caballero victoriano debilucho —ordenado, flaco, tímido— y las imágenes de Ellis que había visto en Google mostraban que era alto y ancho de hombros, con un físico musculoso, pero no de esos que parecían matarse en el gimnasio. Tendría unos cuarenta años, un hombre de sonrisa seductora y unos ojos de un gris azulado tan intenso que parecían perforar la pantalla del teléfono. En algunas fotos aparecía afeitado, con una mandíbula tan perfecta que rozaba la provocación; en otras tenía una sombra de barba grisácea de cinco días. Su pelo castaño oscuro se ondulaba en las puntas y parecía tener algunas canas en las sienes. Según su página

de Wikipedia, había nacido en Escocia y había vivido la mayor parte de su vida en el Reino Unido. Rosemary se preguntaba si tendría acento.

Había bastantes fotos suyas en internet, la mayoría tomadas por paparazis, a veces en un café o en una librería, y verlo cargando una pila enorme de libros, con la camisa arremangada y dejando a la vista esos antebrazos musculosos, no le había provocado a Rosemary ninguna sensación extraña. Ninguna.

En realidad, se le había hecho un nudo en el estómago, producto, sin un rastro de duda, del rechazo profundo que le generaba. Por no hablar de las fotos en las que desfilaba con sus últimas novias por la alfombra roja: una colección entera de modelos espectaculares, bronceadas, que sonreían mostrando unos dientes perfectamente blancos. Aunque tenía que admitir que todas parecían ser de hacía más o menos una década, y no había nada reciente sobre él saliendo con nadie. Cuando buscó en internet «novia actual de Ellis Finch», se dijo para sus adentros que solo era parte de su investigación profesional sobre él.

Aun así, no era famoso por los dramas de época, aunque había actuado en uno años atrás. Al mirar la lista de películas que había protagonizado, quedaba claro que Ellis encajaba mucho mejor en los grandes éxitos llenos de acción.

Lo frustrante era que, al ver su rostro, casi podía entender la decisión del reparto. Había perfeccionado un tipo de expresión pícaro que habría sido ideal si lo hubieran elegido como Wickham en una adaptación de *Orgullo y prejuicio*. O tal vez como Willoughby. Tenía algo que hacía que las mujeres de la ficción histórica se volvieran locas y cayeran de rodillas. Pero no tenía el mismo efecto en ella. Cuando se enteró de que lo habían elegido, Dina e Immy tuvieron

que soportar una perorata de casi una hora sobre lo terrible que era esa elección. Era un tipo conocido por actuar en películas en las que los únicos personajes femeninos eran objetos de amor sin profundidad, los autos corrían a toda velocidad, las explosiones eran enormes (pero jamás mataban al héroe) y del argumento mejor ni hablar, porque simplemente no existía. Eso era lo que Ellis Finch sabía hacer, y ojalá se hubiera quedado en su terreno. Una vez, después de unas cuantas copas de vino blanco tibio en un evento literario, Rosemary le había mandado un correo a su agente para exponerle las razones por las que debían sacarlo del reparto. Recibió una respuesta amable pero firme: no. Ellis iba a ser su Alfred.

Lo cierto era que no encajaba para nada en el papel, y nada iba a hacerla cambiar de opinión.

\*\*\*

Rosemary abrió la puerta del edificio y sacó de su bolsillo un pequeño frasco de vidrio con sal. Había un fantasma que a veces veía ir y venir del apartamento frente al suyo. Gruñía cada vez que alguien pasaba a su lado, y en una o dos ocasiones Rosemary lo había visto sacar una pierna como si quisiera hacer tropezar a alguien. Por suerte, estaba tan desvanecido que ya no era corpóreo. Rosemary no lo vio al entrar a su apartamento, pero justo antes de cerrar la puerta esparció una fina línea de sal sobre el umbral, solo para asegurarse de que no pudiera entrar.

Sal, lavanda, romero, salvia. Todas tenían la propiedad de calmar o ahuyentar a los fantasmas. En su investigación para una novela de terror folclórico anterior, Rosemary había hablado con un guardaparques indígena estadounidense que aseguraba que la

obsidiana también tenía ese efecto. Por eso, Rosemary llenaba todos los cajones donde guardaba la ropa con pequeños atados de hierbas secas, casi siempre regalos de su amiga Dina, que era una bruja de la cocina. Le daban a su ropa un aroma agradable y además servían para mantener lejos a los espíritus indeseados. Pero la mayoría de los fantasmas que Rosemary había visto no eran malignos; casi siempre eran personas que habían muerto antes de tiempo y querían quedarse un poco más en este mundo, junto a los que amaban.

Rosemary observó su apartamento vacío. Hasta ayer, había estado lleno de cajas que había llevado a un depósito hasta encontrar un nuevo lugar. No había planeado mudarse justo durante el rodaje de la película, pero el universo se alineó cuando se dio cuenta de que su contrato de alquiler vencía una semana después de que empezaran las filmaciones. Conseguir un buen apartamento en Brooklyn era una hazaña, y ni siquiera un fantasma cascarrabias era motivo suficiente para abandonar un lugar con lavadora y secadora incluidas y ventanas del piso al techo. Pero Rosemary se iba a Inglaterra y se quedaría allí hasta que terminara el rodaje, dentro de unos meses. No podía pagar el alquiler de un apartamento que no iba a usar.

Era raro ver las paredes vacías, con esos rectángulos un poco desteñidos donde antes colgaban sus pósteres retro de películas de terror. Toda su vida en Nueva York se había reducido a quince cajas medianas y un depósito de un metro cuadrado. No sabía si reírse o ponerse a llorar.

Mientras se cambiaba y se ponía el cómodo pantalón deportivo que estaba sobre la maleta abierta, esperó a que la invadiera la tristeza. Se suponía que debía sentirse mal por irse de Nueva

York, ¿no? Había construido una vida allí durante tres años. Había hecho amigos, había escrito tres novelas. Se había mudado allí porque Nueva York era, o al menos eso creía, el lugar donde los escritores se forjaban a sí mismos. Estaba segura de que iba a extrañar a algunas personas y que recordaría ciertos momentos con cariño. Pero la ciudad también la había asfixiado. Algunos días se sentía encerrada, y solo podía respirar cuando salía a caminar al parque y veía un poco de cielo que no estuviera partido por los rascacielos. El cielo del lugar donde había crecido era tan amplio que podía tragarte entera, y extrañaba esa sensación de ser pequeña, pero sin sentirse sola.

Un pensamiento le cruzó por la mente: no tenía por qué buscar otro apartamento cuando terminara el rodaje. Podía encontrar otro lugar, tal vez más cerca de la naturaleza, y empezar de nuevo. Ya no sentía que Georgia fuera su hogar, aunque su padre siguiera ahí. No había sido más su hogar desde que su madre muriera. Rosemary lo había intentado con Nueva York, de verdad. Había estado desesperada por hacer de ese lugar su casa, pero nunca lo logró del todo. Para ella, su hogar era estar con sus amigos. ¿Cómo podía sentirse en casa cuando ellos estaban al otro lado del océano?

Se metió en la cama y bajó las persianas, cerrando lo que podría ser su última noche en Nueva York. Abrió la computadora y se obligó a escribir unos párrafos. Esa noche, como en los últimos meses, escribir era como ordeñar una cerda. Su próxima novela, una historia de posesión sobre un monje en un monasterio rural que vivía en completo silencio, debía estar lista en dos meses, y Rosemary estaba muy atrasada. A esas alturas, ya debería haber llegado al momento culminante de la novela, pero

seguía atascada en el primer tercio. No tenía valor para decírselo a su agente ni a su editora, aunque le mandaran esos correos amables solo para «saber cómo vas». Siempre había escrito un libro por año, y eso era lo que esperaban de ella. No podía decepcionarlos ahora.

Antes escribir le divertía, pero ahora era sinónimo de estrés. Tenía que escribir este libro, pero el anterior seguía en la etapa de corrección, mientras que para el siguiente necesitaba investigación y planificación. Se sentía como una cinta transportadora, produciendo palabras sin parar, sin tiempo para respirar. Ya pensaría en respirar cuando terminara con esta historia.

Su teléfono vibró.

En la pantalla apareció la foto de Immy y Dina, sus dos mejores amigas, que casualmente vivían a una distancia inabarcable, en Inglaterra. Rosemary atendió la llamada grupal.

—Despiertas a estas horas —dijo a modo de saludo.

—Es por los gemelos, les cuesta dormir de noche y hoy me toca a mí ver cómo están —dijo Immy entre bostezos. Había abrazado la maternidad como pez en el agua, y Rosemary se alegraba de que tuviera a alguien como Eric, su esposo, que veía la crianza como una tarea compartida al cincuenta por ciento, y además la mandaba a un *spa* una vez al mes.

—Y como hay luna llena, voy a esperar hasta medianoche para tomar un baño de luna en el balcón —dijo Dina. Al fondo, Rosemary oyó la voz de Scott, su prometido:

—¿El baño de luna va a ser desnuda? —preguntó ilusionado.

Dina soltó una carcajada. Dios, cómo las extrañaba. No las había visto desde que nacieron los gemelos, hacía casi un año. Había querido volver a Inglaterra, pero entre las giras de presentación de

sus libros, las firmas y el nuevo borrador, el año se le había escapado. No veía la hora de reencontrarse con ellas.

—En fin, queríamos saber cómo estás —agregó Dina—. ¿Cómo salió el evento?

—Bien, los otros tipos eran justo como me los esperaba...

—¿Como un par de bolas arrugadas de misoginia? —murmuró Immy.

—Que se jodan, tú eres más exitosa que los dos juntos —dijo Dina—. ¿Dónde está su película?

—Gracias por el ánimo, chicas, pero estoy bien, de verdad. Ya terminé de despedirme de este viejo apartamento y estoy preparándome mentalmente para conocer al que no vamos a nombrar.

—Ah, sí, ese actor horrible y tremendamente atractivo. Creo que ya leí un *fanfiction* que empieza así —dijo Immy.

—Bueno, este no es uno de tus *fanfictions*, no voy a desmayarme en cuanto lo vea —respondió Rosemary, quitándose una pelusa del pantalón para evitar hacer contacto visual, incluso a través de la pantalla.

—Ajá.

—Claro.

—Parece que están tratando de encontrarme pareja. Les recuerdo que no me interesa ese tipo de cosas. Además, no creo ser precisamente el tipo de mujer que le interese al galán de las películas de acción.

—¡Pero soy tan buena como casamentera! —se quejó Immy—. Mira cómo salió la última vez.

Dina se echó a reír: su anillo de compromiso relucía mientras se pasaba una mano por los rizos.

—Te propongo algo —insistió Immy—. Mira este video, lo

voy a mandar al chat, y si honestamente me dices que no te parece atractivo, cierro la boca y no vuelvo a mencionarlo. ¿Trato?

—Trato —respondió Rosemary. ¿Qué tan difícil podía ser?

Su teléfono sonó y, un segundo después, ya tenía el video cargado en la pantalla y compartido entre las tres. Incluso con sus rostros diminutos en una esquina, Rosemary sintió esa alegría que solo los amigos pueden darte; una alegría que le entraba por los brazos y le burbujecía en el pecho.

—Uy, ya vi este video —chilló Dina.

Scott asomó la cabeza en la videollamada y saludó con la mano.

—¿Es el video en el que besa a la lechera hasta dejarla sin aliento? —preguntó riendo.

—El mismo —respondió Dina con una sonrisa, y le dio un beso en la sien antes de que Scott desapareciera de la pantalla.

—Ustedes dos me hacen poner sentimental. —Immy bostezó. Rosemary puso los ojos en blanco y presionó el botón de reproducción.

Por lo que se veía, el video era de ese drama de época en el que él había actuado hacía unos años. Rosemary nunca lo había visto, por miedo a odiar su interpretación del personaje. El video se había compartido millones de veces en línea con el título «Ellis Finch: los mejores besos del cine, parte 1».

—¿Cuántas partes hay? —preguntó Rosemary, preocupada.

—Al menos diez —dijo Immy, sonriendo.

El clip estaba editado de tal forma que casi todo el diálogo había sido eliminado.

Comenzaba con Ellis Finch, con una camisa blanca abotonada que ondeaba en el viento y dejaba entrever sus músculos y el vello oscuro debajo, avanzando con paso decidido por una pradera bajo

el sol. Con un brazo firme y bronceado rodeaba la cintura de la heroína y la atraía hacia él. Rosemary pensó que la besaría enseguida, pero eso sería demasiado básico para Ellis Finch o, mejor dicho, para su personaje. En cambio, le apartaba un rizo suelto detrás de la oreja, y con el pulgar le acariciaba una ceja, la mejilla, los labios, antes de deslizarse por su cuello y, por fin —por fin— besarla. La besaba como un hombre hambriento de contacto; como si ese fuera el último beso antes de una ejecución (no había visto la película, así que tal vez lo era); como si no hubiera conocido el amor hasta tenerla entre sus brazos.

Rosemary sintió una oleada de calor recorrerle el cuerpo hasta instalarse en su vientre mientras miraba el video, hipnotizada. Era plenamente consciente de cada pequeño movimiento del beso, del agarre brusco de Ellis alrededor del cuello de la lechera, no agresivo, pero sí carnal, con una mezcla de posesión y ternura. La hizo estremecerse. Por un instante se permitió imaginar lo que sería recibir un beso así. Sentir esas manos presionando suavemente su cuello. Enfrentarse a tanta necesidad.

—Bueno, ¿qué opinas? —preguntó Immy, interrumpiendo sus pensamientos.

Rosemary tuvo que tragar saliva; de pronto tenía la boca seca.

—Ni siquiera puede contestar, así que claramente está de acuerdo con nosotras —bromeó Dina.

—Está bien, está bien —balbuceó Rosemary—. Admito que es algo atractivo, si te gusta ese tipo de hombre rústico, de aire salvaje.

—Rústico. Me sirve —dijo Immy, con una risa que se transformó en un bostezo—. Creo que voy a intentar dormir un poco. Dormir mientras los bebés duermen, es decir —agregó con una sonrisa.

Las tres se despidieron entre «las quiero» y «nos vemos pronto». Faltaba poco para reencontrarse en persona; Rosemary pasaría por la cafetería mágica de Dina en Londres apenas llegara y se instalara. Dina tenía un té de hierbas encantado que curaba el *jet lag*.

Esa noche, recostada en la cama, con la habitación vacía a su alrededor y las maletas por fin cerradas, Rosemary fue consciente de que estaba viviendo uno de esos Grandes Momentos de la Vida®. Igual que cuando dejó Georgia para ir a Nueva York, diciéndose que ese era el lugar donde vivían los autores exitosos, ahora dejaba atrás esa vida para volar al otro lado del mundo y ayudar a producir la adaptación cinematográfica de su propio libro. Mudarse a Nueva York había sido su sueño de la infancia; quería triunfar en el mundo editorial o morir en el intento. Lo había deseado tanto que en su anuario de la escuela la habían votado como «la candidata más probable a mudarse a la Gran Manzana».

Conseguir que hicieran una película de un libro suyo —y antes de cumplir los treinta— era definitivamente uno de esos sueños imposibles de los escritores. Igual que cuando vio su libro en la lista de los más vendidos del *New York Times*, todavía no le parecía real. Se preguntó cuándo se lo creería. ¿Tal vez cuando leyeran el guion en el estudio? ¿O tal vez cuando llegara a esa vieja mansión inglesa donde filmarían?

Apagó la luz y se hundió entre las sábanas con olor a lavanda.

—Por favor, que esta película sea un éxito —susurró a quien fuera que pudiera estar escuchando.

No era solo la fecha de entrega de la novela lo que la mantenía despierta. Muy pocos libros que vendían sus derechos cinematográficos llegaban a convertirse en películas; el estudio estaba apostando por su trabajo. ¿Y si los fanáticos del terror la odiaban?

¿O si los lectores pensaban que era una adaptación horrible y la cancelaban para siempre? Si quería tener la oportunidad de que otros libros suyos se convirtieran en películas y así impulsar su carrera en Hollywood, *La posesión del mal* tenía que ser un éxito de taquilla. Todo debía salir perfecto, y precisamente por eso Ellis Finch la atormentaba. No era el actor adecuado, y le aterraba que él fuera la razón por la que la película fracasara. El peso de toda esa preocupación la estaba hundiendo.

Aún con los pensamientos ansiosos burbujeando en su cabeza, Rosemary se quedó dormida, y sus sueños se poblaron con el rostro de Ellis Finch, la fuerza de sus brazos rodeando su cintura, besándola en el cuello... y más abajo.